

DOÑA SOL

¡Hermana!... El mendigo... el anciano...  
¿Sería?...

DOÑA ELVIRA

Con serenidad,

Si; nuestro padre, que esconde  
en ese manto el orgullo del Cid.

DOÑA SOL

¡Oh, llama, llámale!... ¡padre!...

DOÑA ELVIRA

¡No; calla!

Cállate, hermana. ¿No ves cómo él mismo  
desconfiando en la acción, se escondía?  
Jamás el Cid, leal castellano,  
vacilará en la palabra empeñada;  
no pondrá mancha al honor de sus deudos,  
ni dudará del valor de su sangre.  
Jamás el Cid, en traidora asechanza,  
lo que ya ha dado, querrá retenerlo,  
que el Rey podría exigirle palabra.  
No ha sido el Cid, él lo dijo; era un hombre,  
un viejo, un padre, que olvida su gloria  
en el fatal desamparo en que queda.

DOÑA SOL

Yendo á la puerta.

Hermana,..

DOÑA ELVIRA

¡Quieta!...

DOÑA SOL

Tú misma dudabas,..  
de los Infantes.

DOÑA ELVIRA

Y dudo y acuso:  
pero ¡yo solal, que tengo derecho.

DOÑA SOL

Mirando por la puerta con melancolía.

¡Ya va, arrastrando los pies, bosque afuera!  
¡Otra vez solal!

DOÑA ELVIRA

¡Con nuestro destino!

Entran bruscamente Don Diego y Don  
Fernando, que encuentran sentadas como  
al principio á las dos hermanas.

DON DIEGO

¡A fe de Dios que parece que esperan!

DON FERNANDO

A Don Diego.

¡Rehacia ha sido en soltarnos Castilla!

DON DIEGO

Gente de brega, metida en sudores,  
no es culpa suya si es pegadiza.

DON FERNANDO

¿Y los de casa?

DON DIEGO

Salieron avante,  
y ya andarán unas leguas pasadas;  
iban con ellos los buenos caballos,  
los anchos cofres de vientre de oro  
y la infurción y las armas y el vino.

DON FERNANDO

A las dos hermanas.

Mujeres nuestras, estamos bien solos.

DON DIEGO

Como en Valencia la noche de bodas.

DON FERNANDO

Mirando desde la puerta.

¿No hay una sombra, por este sendero?

DON DIEGO

Después de cerciorarse.

Es un pastor que ha pasado y se aleja.

DON FERNANDO

Acercándose á las hermanas.

¿Por qué calláis?

DON DIEGO

¿No parástéis los lechos?  
¿No habéis sacado los jarros de vino?  
¿Tanta prestancia, de qué os aprovecha?  
Por una noche que entramos en casa,  
¿esta es la prisa que os dais en servirnos?

DOÑA SOL

Levantándose.

Yo tuve miedo y le hablaba á mi hermana;

hablando, hablando, pasaban las horas,  
y como solas estábamos tristes,  
con el dolor olvidé tu mandado.

DON FERNANDO

Tú no te excuses, Elvira la Infanta  
ya sé que piensas en una corona;  
manos reales sostienen el cetro  
y en la faena se pierden los aros.

Ambos hermanos se sienten sobre unos  
sacos, al lado opuesto al en que están ellas.

DOÑA SOL

Que ya ha sacado de un rincón unos jarros  
de vino.

¿Dónde coloco los jarros?

DON DIEGO

Acerca,  
con este manto, esta silla cocera:  
para unas horas la tienda no es mala...  
¡Mesa mezquina la adoba el buen vino!

Doña Sol coloca entre los dos Infantes  
á modo de mesa una silla de montar con  
un manto encima. Pone ella sobre los dos  
jarros. Doña Elvira, inmóvil y con los ojos  
fijos, permanece muda; los Infantes, y  
sobre todo Don Fernando, la miran de vez en  
cuando con ironía y burla.

DON FERNANDO

Acariciando con desgaire á Doña Sol.

A ti, que has puesto la mesa y los jarros  
y eres modosa y sonríes sufriendo,  
y en el brial tu figura se aprieta,  
te he de hacer mía, si quedas viuda.

DOÑA SOL

Apartándose instintivamente y huyendo  
sin exagerar la huida.

¡Hermana!

DOÑA ELVIRA

Con reconvención noble.

¡Infante!

DON FERNANDO

Con cinismo.

Al cabo has hablado.

DON DIEGO

Bien á deshora, porque yo callaba.

DOÑA SOL

¡Diego!

DON FERNANDO

¿Bebamos, hermanos?

Levantando el jarro.

DON DIEGO

¡Bebamos,  
por nuestra noche segunda de bodas!

DON FERNANDO

¡Para honra eterna del Cid en sus hijas!

Rien ambos.

DOÑA SOL

Hermana, cambian miradas extrañas.

DOÑA ELVIRA

Queda á mi lado, que velo, infantica.

DON FERNANDO

Hace unos días pasóme una historia.  
En el Alcázar hablaban dos hombres;  
(más vino; quiero aclararme el recuerdo)

Le sirve Don Diego.

era en un patio, yo oía de cerca...

Bebe, traga y respira.

Sí; era en un patio, dos hombres hablaban:

«Pobre, la pobre rica hembra, decían,  
para un buen rey tan buena princesa,  
y en hora mala la han dado al Infante.»  
¿Tu no sabrías, Elvira, la esposa,  
qué bajo perro el Infante sería?

DOÑA ELVIRA

Ya me contaron, ha tiempo, la historia:  
pero yo entonces juré que mentían,  
porque el Infante escuchaba, dijeron,  
y aquellos hombres que hablaban injurias,  
se separaron de hablar sin castigo.

DON DIEGO

Tan sin castigo, la Infanta, que un día  
también hablaban los dos en un patio:  
«Pobre la pobre rica-hembra, decían,  
con este amor que en Castilla se deja  
y ha de seguir en mal hora al Infante.»  
¿Tú no sabrías, esposa, la humilde,  
qué Infanta deja mancebo en Castilla?

DOÑA SOL

¡Oh! ¿Qué pretendes con esta pregunta?

DON DIEGO

Nada. Palabras que el vino atropella.

DON FERNANDO

A Don Diego.

Señor viajero, que dejas Valencia,  
yo te diré las noticias más nuevas.  
Dicen que el Cid, mal casando á sus hijas,  
ya, por las noches, maldice á sus yernos:  
asorda á gritos las salas vacías...  
«¡Ay, en qué pozo de fango han parado,  
por culpa mía, mi sangre y mi oro!»  
Lo dice el Cid y se mesa las barbas,  
¿qué hace Carrión que no tiembla de miedo?

DON DIEGO

¡Y los Infantes que nada sospechan!

DON FERNANDO

Ellós buscaron al Cid por su oro.

DON DIEGO

Y son cobardes y esquivan el campo,  
¡campeadores sólo hay en Castilla!

DOÑA ELVIRA

Con dignidad.

¿Quién las acoge las necias palabras?  
¿Qué arca sagrada es la boca del pueblo?  
¿Qué blanco muro no mancha de barro?  
Si caso hacéis de los dichos de todos,  
¿qué paso vuestro daréis en el mundo?

DON FERNANDO

Con resentimiento y odio.

De nuestros pasos cuidamos nosotros  
y han de ser tales que el Cid los recuerde.

DOÑA SOL

Hermana, arrecian las malas miradas.  
¿Dónde ha dejado el mendigo el albogue?

DOÑA ELVIRA

No sé, ni quiero buscarlo, ni busques.  
¡Sangre del Cid ella misma se guarda!

DON DIEGO

Iniciando ya, aunque sin detalles de mal  
gusto, la borrachera.

La ropa encima me estorba.

Se desabrocha y pone en desorden sus  
ropas.

DON FERNANDO

En voz baja á Don Diego.

No sueltes  
la presa de oro que tiene la daga...

DON DIEGO

Riendo.

¡Juro, por Dios, que tu Elvira es hermosa!

DON FERNANDO

Riendo también ébrio.

¡Juro, por Dios, que tu Sol me cautiva!  
¿Si antes de todo beber las hiciera?

DON DIEGO

¡Llena, que quiero yo mismo servir las!

DOÑA SOL

¿Qué hacen? Nos miran...

DOÑA ELVIRA

Sosiega, yo velo.

DOÑA SOL

Cortando el camino á Don Diego que,  
torpe y tambaleante, se acercaba á ellas  
con el jarro en la mano.

Diego, ¿qué intentas?... Tus ojos se pierden  
en las dos cuencas bañadas de sangre.

DON DIEGO

No, todavía; esto rojo es el vino;  
no he visto aún una gota de sangre.  
Veo unos lechos por estos rincones  
y quiero el duro latir de unos brazos.

Doña Sol pretende en vano, sacudiéndole  
y cerrándole la boca con la mano, evitar  
que el Infante manche su propia lengua  
con los desvarios que siguen.

¡Infanta Elvira! Los brazos que tienes  
llevarán dentro sarmientos de viña;  
se torcerán como mimbre en el fuego;  
mi doña Sol toda es blanda y se postra...  
¡Yo quiero amor que parezca, bravío,  
fruto de mora cogido en la zarza!

DOÑA SOL

¡Diego, tu lengua no sabe qué dice;  
el mucho vino te tiene embaido!

## DON FERNANDO

Acudiendo á Doña Sol y obligándola á que suelte á Don Diego para que éste pueda acudir á donde está la Infanta Elvira.

¡Ah, doña Sol, medrosica y temblando!  
¡Ya no te puedo negar mis consuelos!

## DOÑA ELVIRA

Que empieza á comprender la horrible pretensión de los dos Infantes, se apodera de Doña Sol amparándola y dice:

¿Qué burla es esta? ¿Qué siervos felones tomaron vuestro vestido de Infantes?  
¿Qué sacrilegio de Dios y los hombres vais á intentar?

## DON FERNANDO

Con cinismo altanero y agrio.

Dar razón á los dichos.

Dejaros libres, hurtaros el oro;  
volverle al zafio soldado engreído,  
golpe por golpe, las viejas injurias;  
dejar, por estas honduras, la carga  
que nos oprime los hombres de raza:  
dar vuestro honor á la ofensa del aire  
y vuestro orgullo sombrío á los cuerdos.  
Si ya veías la entrada en Asturias  
con gente y ruido y festejo y clarines,  
caed de la alta visión á un abismo:

¡no pasaréis de la senda del bosque!  
¡desprecio, olvido, abandono os esperan!  
y como, esposas, dejaros, sería  
faltar á la ley de cristiano y de Infante,  
para tener ocasión de cumplirlo,  
¡queremos antes haceros mancebas!

Intentan ambos abrazarlas.

## DOÑA ELVIRA

Huyendo.

¡Atrás, que aun quedan con vida en nosotras,  
bajo la lepra del mal casamiento,  
uña y dientes y fe, que protejan  
contra vosotros, vuestra honra de Infantes!

## DON FERNANDO

¡Oh, tal la han puesto que ya no nos duele!

Los dos Infantes dan un paso.

## DOÑA ELVIRA

¡Fieras! Si dentro, en los cráneos dormidos,  
aun conserváis la memoria de hombres,  
¡pensad que al cinto lleváis una espada!

## DOÑA SOL

Huyendo de Don Fernando.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, NEXICO

¡Socorro!

A Doña Elvira, ofreciéndole el jarro.

DON DIEGO

El vino trastorna las cosas:  
él te dará comezón de caricias.

DOÑA ELVIRA

Tirándole contra unas piedras, donde el  
jarro se quiebra.

¡Que iguales piedras empape mi sangre!

DON DIEGO

Cogiéndola por los brazos.

¡Sígueme, ahora que el lecho es más blando!

DON FERNANDO

Pretendiendo sujetar á Doña Sol.

Mira que tengo, alimaña rebelde,  
daga que quite la fuerza á tus brazos.

DOÑA SOL

Logrando desasirse y saliendo fuera.

¡Auxilio, auxilio! ¡Castilla nos valga!

Al ver que escapa Doña Sol, Diego prescinde de Doña Elvira; Don Fernando ha salido fuera persiguiendo á la fugitiva; Don Diego sale también gritando.

DON DIEGO

¡Por allí! ¡Síguela! ¡Corre! ¡Que no haya  
venablo agudo para esta gacela!

DOÑA SOL

Lejos.

¡Socorro!

DOÑA ELVIRA

Que desde la puerta sigue ansiosa lo que  
acontece.

¡Hermana, detente!... ¡La cogen!  
¡Ojos, cegad al mirarlo! ¡La hieren!  
¡Con las espuelas golpean sus brazos!  
¡Sangre! ¡Oh, la mía, la mía con ella!  
¡Ah, qué gran hora teniendo tal padre!  
¡Morir, dejando al Cid la venganza!

Sale. Telón de cuadro.



## CUADRO SEGUNDO

Un claro en el bosque. A la derecha la senda por donde han escapado los Infantes de Carrión. A la izquierda, primer término, rocas; sobre ellas unas espuelas y las correas de las espaldas manchadas de sangre. Ropas rasgadas por el suelo. Junto a un árbol, en segundo término, con los trajes destrozados y manchados de sangre el lienzo de las camisas, doña Sol y doña Elvira al pie de un árbol; doña Elvira, incorporada ya, explora con los ojos iracundos el terreno; doña Sol suspira de tarde en tarde y jadea. Unos momentos de silencio.

DOÑA ELVIRA

Incorporándose.

¡Oh, cosa horrible, la vida que vuelve!

VOZ LEJANA

¡Doña Sol!

DOÑA ELVIRA

¿Voces?... ¡Y gente que llega!

Escucha.

¡Y me verán y soy vil y no he muerto!

Se arrastra, agarrándose a un árbol y logrando esconderse tras una piedra, a tiempo que entra Téllez Muñoz en escena.

TÉLLEZ MUÑOZ

Aquí, aquí mismo sonaron los gritos.  
De aquí les ví que escapaban ¡traidores!

Descubre el cuerpo de Doña Sol tendido y sangriento.

¡Ah, doña Sol, prima mía, mi sangre!

Acude a ella y la incorpora.

¡Tantas heridas en tanta hermosura!

Inclinándose.

Doña Sol, ¿me oyes? ¡Te llamo! ¡Respira!

La ausculta.

¡Y el corazón le golpea en el pecho!  
¡Vive! ¡Oh, bendita inquietud, ella vive!  
¡Sol, Sol de toda mi vida, alma mía!  
Sol, ¿no me ves? ¿no me sientes? Responde.  
Para venirme á salvar he corrido.  
Quedéme solo á guardarte en el bosque,  
Responde Sol, prima Sol, ¿no me entiendes?

DOÑA SOL

Sin abrir los ojos.

¡Socorro!

TÉLLEZ MUÑOZ

Si; yo te traigo socorro.  
¡Yo te traigo salud, yo te traigo  
toda mi sangre, por la que has perdido!

DOÑA SOL

*Respirando con menos dificultad.*

¡Socorro, padre!

TÉLLEZ MUÑOZ

Yo iré por tu padre.  
Y juntaremos aquellas mesnadas,  
y como el mar sonarán los caballos  
y haremos noche con nuestros pendones  
al norte, al norte, en marchas dobladas  
hacia Carrión, á buscar los Infantes!  
¡Sol, prima Sol!

DOÑA SOL

¿Quién me llama?

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Yo, mírame!

DOÑA SOL

*Abre los ojos, le ve, le conoce y tiene un  
transporte; luego dice como en sueños:*

¿Tú?

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Vives!

DOÑA SOL

*Súplica.*

No; no me digas que vivo.  
Yo nunca en vida podría abrazarte;  
no por piedad no me digas que vivo.

TÉLLEZ MUÑOZ

Restañaremos la sangre.

DOÑA SOL

¡No; deja!

¡Quiero morir, ya que estoy en tus brazos!  
¡Agua! ¡La sed, como un hierro candente,  
es un dolor sobre mis heridas!

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Aguarda! Corro; detrás de aquel árbol,  
en un recodo, caía una fuente;  
vuelvo...

DOÑA SOL

No; coge; ya voy... tenme... quiero  
probar á alzarme, escapar... ¡Ah!... ¿mi hermana?

Se incorpora y súbitamente echando de menos á Elvira.

¿Dónde está, dónde? ¿Qué hicieron? ¡Elvira,  
Elvira, á mí!

TÉLLEZ MUÑOZ

Prima Sol...

DOÑA SOL

...¡No contestal

Empieza á percibirse un rumor y confusión de armas muy á los lejos.

¿Qué es este ruido en el bosque, á lo lejos?  
¿Volverán?

TÉLLEZ MUÑOZ

Después de escuchar; el rumor va acercándose.

¡Vuelven! ¡Con gente de armas!  
¡Oigo el chocar de los duros arzones  
y casi veo un brillar de corazas!  
¡Huyamos, ven!

Intenta tomarla en brazos.

DOÑA SOL

¡No, mi hermana, mi Elvira!

TÉLLEZ MUÑOZ

Estamos solos; ninguno nos oye;  
yo contra todos no tengo defensa...

DOÑA SOL

Como recordando.

Si, ya recuerdo; ¡el mendigo, mi padre!...  
Busca, en el hueco de un tronco, un albogue...  
¡Por allí!... ¡más!...

Téllez Muñoz se va hacia el fondo izquierda y busca en los árboles. Aunque una roca lo oculta, Doña Sol puede verle aún y paso á paso se le acerca hasta desaparecer como él cuando acaba de hablar.

Mira en éste. ¡Sí!, ¡cógelo!

¡Sí!, ¡pon tus labios en él!, haz que suene  
como la voz de una madre, con ansia,  
¡como el pastor del Vivar, aquel día,  
cuando los dos lobos le hurtaban ovejas!

Apenas han desaparecido, sale Elvira, que procura escapar por la senda sin que la vean; en esto suena agudo, ansioso, el albogue; redobla el rumor á lo lejos; Doña Elvira queda clavada en mitad de la escena increpándoles con desesperación.

DOÑA ELVIRA

¿Qué hacéis? ¡Vendrán y verán mi vergüenza!

DOÑA SOL

Acudiendo con ansia á Elvira en cuanto oye su voz.

¡Hermana!

DOÑA ELVIRA

¡No! No soy nadie. ¡Dejadme!  
Pusieron manos en estas mejillas,  
¿y le llamáis?, ¿y ha de verme?, ¿y ya llega?

Rumor de hombres á dos pasos. A Téllez,  
que la detiene.

¡Paso! ¡Jamás! ¡Al barranco! ¡Oh!, tu espada,  
¿qué sabe de honra que no me asesina?

Pero Bermúdez, asomando en el claro  
con la espada desnuda.

PERO BERMÚDEZ

¡Aquí, mío Cid!

Aparece el Cid con un buen golpe de  
gentes; lleva sobre el guerrero arnés, des-  
abrochado y flotando, el túnico de pastor  
conque se presentó á sus hijas en el primer  
cuadro. Gran silencio al hablar el Cid.

CID

¿Qué es esto, mis hijas?

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Los de Carrión se vengaron en ellas!

¡En estos cuerpos han puesto sus manos!  
¡Cuando llegué, mío Cid, era tarde!  
¡Por una vez que mi brazo valía  
dejé pasar la ocasión de emplearlo!  
¡Así los pierda en la algará primera!  
¡Los de Carrión no lo habrán conocido!  
¡Lo dije yo, que os serían funestos!

CID

Se acerca solemnemente á Elvira y dice  
con reconversión trágica.

¡Sangre del Cid, ella misma se guarda!

DOÑA ELVIRA

En el mismo tono, acento ronco y som-  
brío. Mirada perdida, delirio grandioso.

¡Sangre del Cid, mientras corre, se venga!  
¡Un hombre, padre, uno solo conmigo!  
¡Aquel que tenga la lanza más corta!  
¡Aquel que lleve armadura más negra!

Pero Bermúdez se destaca del grupo dis-  
puesto á seguirla.

Esta que veis castellanos con honra  
ya no es mujer, rica-hembra ni hembra.  
¡Gritan en mí las furias antiguas!  
Voy tan desnuda que busco las zarzas  
porque me den un vestido de sangre.

¡Paso, que llevo sobre mis espaldas  
el deshonor, que es la lepra más negra!

Avanza entre las gentes que, con temor,  
la abren camino. Pero Bermúdez la sigue  
impávido.

¡Adiós el Cid y las gentes con honra,  
no me miréis, que mis ojos condenan!  
¡Arriba, arriba, el sendero se acorta!  
¡Si encuentro en él la alimaña que busco,  
yo volveré con corona de oro  
y entre mis manos espada de fuego!

Desaparecen. Hay un rumor de admiración.

DOÑA SOL

¡Hermana, hermana!

DOÑA ELVIRA

Lejos.

¡Venganza, venganza!

Todos los guerreros se agolpan alrededor  
del Cid, que con el gesto les impone silencio,  
diciendo mientras señala la senda por  
donde Elvira desaparece.

CID

¡Yo la igualaba en los años y el gesto

y así salir del Vivar una noche  
y al otro día, á los pies de mi padre,  
rodó la testa del Conde Lozano!

Doña Sol se apoya en el brazo de su padre  
y dice besándole la mano.

DOÑA SOL

¡Padre, me rinde el dolor; no me dejes!

CID

Volviéndose á ella con infinita ternura.

¡Hija! ¿y te vengo á buscar y dudabas?  
Aguarda: ¡A mí los que traje de Burgos;  
los que se acuerdan del viejo Láinez;  
los que eran hombres en casa y yo niño!  
¡Pronto! ¡Traedme á Babiaca, que demos  
vuelta á Valencia en marchas dobladas!

MUÑO GUSTIOZ

La silla es dura.

CID

No importa, ponedle  
hierbas menudas del campo en los huecos  
y encima de ellas, á guisa de almohadas,  
en cuatro dobles plegad mi estandarte.

Desaparecen unos viejos servidores que van en busca del caballo. Parte del pelotón de hombres continuará observando la senda por donde ha desaparecido Doña Elvira. Algunos se aventurarán á seguirla.

¡No! ¡Nadie siga en sus pasos á quienes en el dolor no se amparan de mí!

Doña Sol se desvanece en sus brazos.

¡Castilla aquí, todos juntos á hacerle blando y ligero y seguro el camino á la primera mujer de estos reinos!  
¡Sangre del Cid le es preciosa á Castilla!

En este momento y mientras todos se agrupan en torno del Cid y su hijo, aparecen los servidores de antes trayendo á Babieca enjaezado con una especie de lechiga hecha de leña tierna sobre el lomo.

MUÑO GUSTIOZ

Mío Cid...

TÉLLEZ MUÑOZ

Que estrecha en sus manos la de Doña Sol, al Cid.

¡Catad, señor, está yerta!

CID

¡Un manto! Así, con amor, sin rozarla...

Ayudado de Téllez Muñoz la envuelve en el manto de éste y la dejan tendida sobre el lomo del caballo; luego la escucha, y oyéndola respirar, dice:

¡Respira! ¡En marcha! ¡En marcha, mis lanzas bien apretadas en torno á Babieca!  
Y los demás cabalgad á buen paso.

MUÑO GUSTIOZ

¡Y vos, mío Cid?

CID

Yo llevo la brida.

Tomá en su diestra las riendas de Babieca y se dispone á hacer á pie el camino. También Téllez Muñoz queda junto al caballo cuidando de su prima. Al romper á andar la comitiva dice el Cid á unos cuantos hombres de brazo que se hallan á su lado.

Quedad vosotros detrás, vivareños, que os son las dos naturales señoras, y pues su ofensa es también vuestra ofensa, porque no quede ni un árbol testigo ¡cuando salgamos, prended fuego al bosque!

Se pone en marcha la comitiva.

TELÓN